

está plenamente justificada. Un Dios útil, necesario, indispensable, que dis-cierne para él el bien del mal.

El sentimiento religioso es un senti-miento primitivo, inconsciente en sus comienzos; el hombre no adquiere ver-dadera conciencia de él, sino con el progreso de su inteligencia. «Excep-ción hecha de los sentimientos intelec-tuales, ninguna manifestación afectiva depende más del desarrollo de la inte-ligencia que el sentimiento religioso, pues toda religión implica una concep-ción cualquiera del mundo, una cos-mología y una metafísica» *.

Cada creencia expresa la idea que un individuo, que un pueblo, ha concebi-do acerca del origen y del conjunto de las cosas. Ella cambia con los tiempos, los lugares, las costumbres, el espíritu

de los hombres. Las revoluciones, el cambio de las ideas entre los indivi-duos y entre los pueblos, la insensible transformación de los caracteres, los descubrimientos científicos, dejan en ella sus huellas.

Desde las más remotas edades de que existe recuerdo, los hombres han creí-do que el mundo «visible» que los rodea está poblado de entidades misteriosas cuyo poder es apto para modificar y dirigir los fenómenos de la vida. He ahí la fuente de la multitud de creen-cias y religiones que se han sucedido: fetichismo, magia, teúrgica, gnosis, ascetismo, alquimia, ritualismo, espi-ritismo, etc.

DR. OSSIP-LAURIÉ

Traducción de Omar Dengo. - Terminará este tra-bajo el próximo número.

Los jornaleros

Mañana comenzará de nuevo nues-tra estúpida vida. El sol se levantará en el horizonte, los pájaros alzarán su concierto entre las hojas olorosas y limpias; y mientras el agua brillará oscilando en las puntas de las espigas, nosotros volveremos á nuestro trabajo invariable y tedioso, agotador y em-bruteciente.

A la tarde, cuando el sol se esconda, y diga su adiós al mundo bañándolo en púrpura y oro; cuando los zenzont-les salten charlando entre los ergui-dos piñales; cuando las cigarras aca-llen sus liras resonantes; cuando los penachos relucientes de los cocoteros se remezcan al toque de las últimas brisas; cuando las serenas estrellas co-miencen á entreabrir sus ojos de oro... entonces, nosotros, agotados, hastia-dos, entorpecidos, buscaremos el lecho, como una bestia al desuncirle el yugo;

y un día más, inútil, estúpido, bestial, se habrá realizado en nuestra vida.

Habremos comido y bebido.

Bien ó mal, habremos digerido, su-dado, espectorado y escrementado. Nuestros órganos habrán cumplido su tarea, labrando el vestido, los muebles, el pan, el techo para los poderosos y los ricos; y ellos, los señores de la vida, hartos, contentos, gozosos, se entregarán al baile y al juego, irán al teatro, charlarán, hablarán de cuadros, de estatuas, de política, de ciencias... y entre el humo de sus cigarros perfu-mados y la espuma de sus vinos gene-rosos, entonarán su himno al progreso y á la civilización.

Nosotros, entre tanto, iremos pesa-damente á nuestro lecho, pensando que la muerte es un descanso, y que la felicidad está en morir.

ALBERTO MASFERRER *

* Th. Ribot, *Psychologie des sentiments*.

* Publicista sociólogo salvadoreño.

A TODOS INTERESA

la lectura de la Correspondencia A. en la cual están anotadas las cantidades recibidas hasta el 15 del corriente, y los avisos de la Biblioteca Domenech con las últimas obras recibidas.